

Un thriller trepidante sobre una princesa de la India
y su lucha contra los nazis



OBJETIVO MADELEINE



Prólogo de César Vidal

ALFREDO DE BRAGANZA

Alfredo de Braganza ©
Objetivo Madeleine

ISBN: 9781657145726

Edición: Nuria Ochoa y Pilar Fernández

Diseño de portada: Sol Taylor

Maquetación: Jesús Gragera

Impresión: Independently published

Primera Edición 2020

bit.ly/33UoH5X

Para mi amigo Ernest Seinfeld, superviviente de los campos de concentración nazis de Auschwitz y Dachau.



Aunque le arranques los pétalos,
no quitarás belleza a la flor.
Rabindranath Tagore

Tendrás confianza porque hay esperanza,
mirarás alrededor de ti y dormirás con seguridad.
Job, 11, 18

Soy mi propia jefa. Pon eso en tu pipa y fúmatelo.
Greta Garbo en *Anna Christie* (1930)





PROLOGO

por César Vidal

Me llegó una amable solicitud de tierras indias al objeto de que escribiera un prólogo para esta novela. Confieso que ese tipo de peticiones se encuentra entre las que me colocan en un serio compromiso que desearía eludir.

Por un lado, resulta obvio que no puedo atender a todos los ruegos —a los prólogos se suman la lectura de originales o incluso la colaboración—, por la sencilla razón de que su volumen me privaría de unas horas que me resultan preciosas.

Por otro, me encuentro con el problema nada sencillo de la calidad de la obra en cuestión. Asociar el propio nombre a un bodrio es circunstancia nada deseable y que yo evito como algunos huyen de la peste. Por todo esto, cuando Alfredo de Braganza me pidió que escribiera el prólogo para su libro me tenté la ropa.

Por supuesto, lo primero que le pedí fue examinar el original y le aclaré —procuro ser lo más justo posible con todos— que según viera la obra lo escribiría o, sintiéndolo mucho, rechazaría semejante posibilidad. Ahora puedo decir —estas líneas son una clara muestra— que leí la novela con interés y agrado creciente.

Alfredo de Braganza ha conseguido entretejer hasta lograr un artesonado recio de distintas historias poco conocidas, pero más que relevantes, relacionadas con la Segunda Guerra Mundial. En primer lugar, se encuentra uno de los episodios más culpablemente ocultados en la historia de las atrocidades de la terrible conflagración. Me refiero al papel de la Iglesia católica, desde el mismo Vaticano hasta las ór-

denes religiosas, en el exterminio de judíos y cristianos no católicos que tuvo como escenario la antigua Yugoslavia.

Lejos de intentar reducir las atrocidades cometidas durante la ocupación, la Iglesia católica se sumó a ellas como parte activa y en no pocas ocasiones fue incluso más lejos en crueldad y vesania que los propios nazis. Fue esa matanza masiva y sistemática de serbios ortodoxos y de judíos —matanza en la que destacaron algunas órdenes religiosas como los franciscanos— la que explica muchas atrocidades de la posguerra, el papel de la Santa Sede cuando Yugoslavia comenzó a cuartearse tras la muerte de Tito y la espiral de exterminio despiadado en que se vio envuelta una nación creada tras la Primera Guerra Mundial y aniquilada al final de la Guerra Fría. Colocar el foco sobre personajes como el arzobispo Stepinac —siempre respaldado y protegido por el Vaticano—, Ante Pavelic —criminal de guerra que encontró refugio en la España de Franco— o los sacerdotes genocidas es, sin duda, un riesgo, pero merece la gratitud de los que deseen conocer la historia de Europa como realmente fue y no como se cuenta —o se oculta— interesadamente.

No menos interesante que ese terrible episodio son las tramas en torno a un personaje tan fascinante como Noor-un-Nisa Inayat Khan.

Su figura nos permite acercarnos al mundo anticolonialista previo a la Segunda Guerra Mundial, pero también a un universo respunteado por figuras de primerísimo orden, como Rabindranath Tagore, Isadora Duncan o Cole Porter, aquí mencionadas porque, efectivamente, fueron parte indispensable de un periodo de entreguerras convulso, aunque no exento de belleza.

Pero la extraordinaria Noor nos permite también —no deseo desvelar detalles— conocer el mundo de la Resistencia contra el invasor nazi.

A través de los capítulos de la novela, el lector se verá llevado de la India a las celdas de la Gestapo, de la Inglaterra enfrentada con Hitler a las escenas horribles del Holocausto,

de las sacristías donde se fraguaba el crimen en masa a la esperanza de la libertad.

Con seguridad, al surcar estas páginas sufrirá, se angustiará, quedará impresionado por el horror pero, a la vez, descubrirá un canto a la lucha contra la tiranía, a la fe en algo que sobrepasa a la muerte y al amor. No es, desde luego, poco. Y no les entretengo más. La novela les espera.

Contenido

[Prefacio](#)

[capítulo 1](#)

[capítulo 2](#)

[capítulo 3](#)

[capítulo 4](#)

[capítulo 5](#)

[capítulo 6](#)

[capítulo 7](#)

[capítulo 8](#)

[capítulo 9](#)

[capítulo 10](#)

[capítulo 11](#)

[capítulo 12](#)

[capítulo 13](#)

[capítulo 14](#)

[capítulo 15](#)

[capítulo 16](#)

[capítulo 17](#)

[capítulo 18](#)

[capítulo 19](#)

[capítulo 20](#)

[capítulo 21](#)

[capítulo 22](#)

[capítulo 23](#)

[capítulo 24](#)

[capítulo 25](#)

[capítulo 26](#)

[NOTA DEL AUTOR](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[FUENTES](#)

OBJETIVO MADELEINE





Prefacio

8 de julio de 1943.

Zagreb, capital del Estado Independiente de Croacia, gobierno títere del III Reich.

En la noche del 8 de julio de 1943, el arzobispo católico de Zagreb, Aloysius Viktor Stepinac, que antes de su actual cargo fue el obispo católico más joven del mundo, vio interrumpida la cena con sus hombres de confianza —líderes extremistas croatas muy influyentes en Yugoslavia— al recibir una llamada telefónica. En ella se le comunicaba que un grupo de partisanos, junto con dos agentes británicos, habían sido arrestados cuando pretendían escapar a Francia con documentación comprometida para su persona: la incriminación de la Iglesia católica croata en las masacres que se estaban produciendo en el campo de concentración de Jasenovac.

En los documentos incautados aparecían nombres de testigos locales y se mencionaba la permisividad que el papa Pío XII le concedía, entre otros motivos porque el arzobispado había estado expoliando de Yugoslavia cantidades inmensas de oro que se enviaban a Roma.

Asimismo, en la documentación estaba escrito el nombre clave de una operadora de radio con la que pretendían reunirse en París para que transmitiese a Londres las coordenadas de la localización geográfica del campo de concentración, de cara a un posible bombardeo por parte de los alia-

dos. La agente británica, operadora de radio del grupo de la Resistencia francesa Prosper, se llamaba Madeleine...



capítulo 1

Dos guardias la escoltaban por el pasillo en dirección al despacho del intérprete y jefe de sección Karl-Maria Steinbrinck. Los duros suelos y las paredes desnudas hacían que los pasos resonaran como si estuvieran recorriendo el interior de una catedral.

Mientras caminaban por los angostos pasillos, escuchaba a lo lejos un constante griterío, así como llantos, golpes, portazos y más pisadas de botas. Ella aún experimentaba un tremendo temblor por todo el cuerpo que no podía ocultar. Su rostro era pálido y los ojos, oscuros y cansados por la falta de sueño, reflejaban su mirada ansiosa. El pelo, teñido de forma irregular debido al continuo cambio de color que se había aplicado durante los últimos días para evitar ser reconocida, era marrón claro. Tenía miedo y era consciente de que estaba dejando ver su debilidad. Intentaba controlar sus sentimientos, pero no lo conseguía.

Probablemente le quedaran algunos minutos de vida. Había oído hablar de las brutalidades que la Gestapo cometía en sus interrogatorios y no podía evitar que se exteriorizase su sensación de angustia por lo que pudiesen hacer con ella.

—Vamos a empezar. ¿Su nombre como agente clandestino? —preguntó Steinbrinck con voz tranquila y firme, de barítono, acostumbrada a dar órdenes; sujetaba una estilográfica sobre un documento.

El oficial alemán estaba cruzado de piernas mientras apoyaba un codo sobre la mesa. Observó a la joven prisionera

al tiempo que exhalaba muy despacio el humo de su cigarrillo.

—No diré nada, nada, ¡nada! —contestó subiendo el tono de voz, todavía temblando y con respiración profunda.

Era guapa, Steinbrinck se daba cuenta ahora. Ese estado de cólera le agrandaba sus ojos negros almendrados y le coloreaba las mejillas. Creía saber que su nombre real era Nora Baker, alias Madeleine. En el momento de su arresto recogieron una libreta llena de claves y mensajes, la misma que tantas veces sus compañeros le habían advertido del peligro de llevarla consigo a todas partes y le habían aconsejado destruir.

Los miembros de su grupo fueron detenidos uno tras otro y solo había quedado ella. Todos sus compañeros del circuito Prosper fueron capturados, interrogados y torturados hasta la muerte; unos fueron fusilados y otros enviados a campos de concentración en Alemania. Incluso aquellos cuya obsesión por la seguridad rayaba en la paranoia, finalmente cayeron en emboscadas como fichas de dominó tras ser delatados por sus propios compañeros, quienes fueron sometidos a formas tan intensas de tortura que los métodos empleados por la Inquisición española no eran sino simples amonestaciones.

Todos los agentes de Prosper y la mayoría de los componentes de subgrupos de la Resistencia desaparecieron en tan solo un mes por las delaciones, incluso el jefe del grupo acabó cediendo y colaboró con los nazis. “En la guerra, cuando los jefes se equivocan, siempre muere gente”, pensó para sus adentros Steinbrinck.

Desde hacía días, el departamento de Steinbrinck y ella habían estado como el gato y el ratón por todo París. Aun siendo la menos experimentada de su grupo y por cuya supervivencia en la Francia ocupada Londres no había apostado ni una semana, sobrevivió porque era organizada, meticulosa, inflexible y reaccionaba con rapidez. Sin embargo, en Inglaterra habían desestimado sus posibilidades. Aquel

‘patito feo’, considerado una oveja de sacrificio con el fin de mantener la atención de la Gestapo en París mientras los aliados atacaban a los alemanes en otros frentes, se había convertido en felino.

Sabía todos los nombres y todas las direcciones de los miembros de la Resistencia francesa que dieron apoyo al circuito británico Prosper. Ella no pudo destruir su libreta porque tenía numerosos códigos apuntados que necesitaba para transmitir sus mensajes a Inglaterra. Además, en el momento de su detención, estaba esperando el mensaje de un agente clandestino procedente de Yugoslavia, conocido con el seudónimo de Buckthorn.

Steinbrinck quería ganar tiempo para conocer a la prisionera y estudiar cómo conseguir que hablase antes de presentarla en el sótano del edificio, antes de la agonía de la tortura. Su meta era que una célula lo condujera a otra y así, en cadena, causar irreparables daños a la Resistencia y sus circuitos de agentes británicos que operaban en suelo francés. Una vez conseguido su propósito, sería como matar ratones dentro de un agujero utilizando una escopeta.

Era indudable que la prisionera tenía información privilegiada y el mero hecho de que fuera una mujer siempre era muy útil. Normalmente se desmoronaban, hipaban, sollozaban, murmuraban palabras ininteligibles, pero enseguida se ponían a hablar y hablar sin parar, tan solo interrumpidas por sus tartamudeos y su nerviosismo al estar muertas de miedo; daban detalles nimios e incluso muy precisos pensando que así saldrían con vida de la infame avenida Foch.

Ningún individuo soportaba el dolor eternamente aunque, por desgracia, durante el tiempo de detención e interrogatorio no había nada garantizado. Steinbrinck había visto cómo prisioneros curtidos por el sol, que parecían sacados del pueblo más rural del interior de Francia, estaban lo bastante bien preparados como para inventarse mentiras imposibles de descubrir. También tenía mucha experiencia con agentes extranjeros a quienes se les ocurrían ingeniosas for-